

Citas de palabras de san Josemaría en

JOSÉ ANTONIO LOARTE (ed), *Por las sendas de la fe*; Cristiandad, Madrid 2013.

JOSÉ ANTONIO LOARTE (ed), *Por las sendas de la fe*; Cristiandad, Madrid 2013, pp. 31-32

Fuente: san Josemaría, Artículo publicado en “ABC”, Madrid, 1-XI-1969

En este canto a las riquezas de la fe que es la Epístola a los Gálatas, San Pablo nos dice que el cristiano debe vivir con la libertad que Cristo nos ha ganado (cfr. Gal 4, 3). Ese fue el anuncio de Jesús a los primeros cristianos, y eso continuará siendo a lo largo de los siglos: el anuncio de la liberación de la miseria y de la angustia. La historia no está sometida a fuerzas ciegas ni es el resultado del acaso, sino que es la manifestación de las misericordias de Dios Padre. Los pensamientos de Dios están por encima de nuestros pensamientos, dice la Escritura (cfr. Is 55, 8; Rm 11, 33); por eso, confiar en el Señor quiere decir tener fe a pesar de los pesares, yendo más allá de las apariencias. La caridad de Dios —que nos ama eternamente— está detrás de cada acontecimiento, aunque de una manera a veces oculta para nosotros.

Cuando el cristiano vive de fe —con una fe que no sea mera palabra, sino realidad de oración personal—, la seguridad del amor divino se manifiesta en alegría, en libertad interior. Esos nudos que atenazan a veces el corazón, esos pesos que aplastan el alma, se rompen y se disuelven. *Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros?* (1 Cor 8, 31). Y la sonrisa viene enseguida a los labios. Un hijo de Dios, un cristiano que viva vida de fe, puede sufrir y llorar: puede tener motivos para dolerse; pero, para estar triste, no.

La libertad cristiana nace del interior, del corazón, de la fe, pero no es algo meramente individual, sino que tiene manifestaciones exteriores. Entre ellas, una de las más características de la vida de los primeros cristianos: la fraternidad. La fe —la magnitud del don del amor de Dios— ha hecho que se empequeñezcan hasta desaparecer todas las diferencias, todas las barreras: *ya no hay distinción de judío, ni griego; ni de siervo, ni de libre; ni de hombre, ni de mujer: porque todos sois una cosa en Cristo Jesús* (Gal 3, 28). Ese saberse y quererse de hecho como hermanos, por encima de las diferencias de raza, de condición social, de cultura, de ideología, es esencial al cristianismo.

JOSÉ ANTONIO LOARTE (ed), *Por las sendas de la fe*; Cristiandad, Madrid 2013, pp. 32-33

Fuente: san Josemaría, Artículo publicado en “ABC”, Madrid, 1-XI-1969

No es mi misión hablar de política. Tampoco es esa la misión del Opus Dei, ya que su única finalidad es espiritual. El Opus Dei no ha entrado ni entrará nunca en la política de grupos y partidos, ni está vinculado a ninguna persona o ideología. Ese modo de actuar no es una táctica apostólica, ni una conducta meramente encomiable. Es una necesidad intrínseca para el Opus Dei proceder así, ya que lo exige su misma naturaleza, y tiene un resello evidente: el amor a la libertad, la confianza en la condición propia del cristiano en medio del mundo, actuando con completa independencia y con responsabilidad personal.

No hay dogmas en las cosas temporales. No va de acuerdo con la dignidad de los hombres el intentar fijar unas verdades absolutas, en cuestiones donde por fuerza cada uno ha de contemplar las cosas desde su punto de vista, según sus intereses particulares, sus preferencias culturales y su propia experiencia peculiar. Pretender imponer dogmas en lo temporal conduce, inevitablemente, a forzar las conciencias de los demás, a no respetar al prójimo.

No quiero decir con eso que la postura del cristiano, ante los asuntos temporales, deba ser indiferente o apática. En modo alguno. Pienso, sin embargo, que un cristiano ha de hacer compatible la pasión humana por el progreso cívico y social con la conciencia de la limitación de las propias opiniones, respetando, por consiguiente, las opiniones de los demás y amando el legítimo pluralismo. Quien no sepa vivir así, no ha llegado al fondo del mensaje cristiano. No es fácil llegar, y en cierto modo no se llega nunca, porque la tendencia al egoísmo y a la soberbia no muere jamás en nosotros. Por eso, todos estamos obligados a un examen constante, confrontando nuestras acciones con Cristo, para

reconocernos pecadores y recomenzar de nuevo. No es fácil llegar pero hemos de esforzarnos.

JOSÉ ANTONIO LOARTE (ed), *Por las sendas de la fe*; Cristiandad, Madrid 2013, pp. 33-34
Fuente: san Josemaría, Artículo publicado en “ABC”, Madrid, 1-XI-1969

Dios, al crearnos, ha corrido el riesgo y la aventura de nuestra libertad. Ha querido una historia que sea una historia verdadera, hecha de auténticas decisiones, y no una ficción ni un juego. Cada hombre ha de hacer la experiencia de su personal autonomía, con lo que eso supone de azar, de tanteo y, en ocasiones, de incertidumbre. No olvidemos que Dios, que nos da la seguridad de la fe, no nos ha revelado el sentido de todos los acontecimientos humanos. Junto con las cosas que para el cristiano están totalmente claras y seguras, hay otras —muchísimas— en las que sólo cabe la opinión: es decir, un cierto conocimiento de lo que puede ser verdadero y oportuno, pero que no se puede afirmar de un modo incontrovertible. Porque no sólo es posible que yo me equivoque, sino que —teniendo yo razón— es posible que la tengan también los demás. Un objeto que a uno parece cóncavo, parecerá convexo a los que estén situados en una perspectiva distinta.

La conciencia de la limitación de los juicios humanos nos lleva a reconocer la libertad como condición de la convivencia. Pero no es todo, e incluso no es lo más importante: la raíz del respeto a la libertad está en el amor. Si otras personas piensan de manera distinta a como pienso yo, ¿es eso una razón para considerarlas como enemigas? La única razón puede ser el egoísmo, o la limitación intelectual de quienes piensan que no hay más valor que la política y las empresas temporales. Pero un cristiano sabe que no es así, porque cada persona tiene un precio infinito, y un destino eterno en Dios: por cada una de ellas ha muerto Jesucristo.

Se es cristiano cuando se es capaz de amar no sólo a la Humanidad en abstracto, sino a cada persona que pasa cerca de nosotros. Es una manifestación de madurez humana sentir la responsabilidad de esas tareas de las que vemos que depende el bienestar de las generaciones futuras, pero eso no nos puede conducir a descuidar la entrega y el servicio en los asuntos más ordinarios: tener un detalle amable con quienes trabajan a nuestro lado, vivir una verdadera amistad con nuestros compañeros, compadecernos de quien padece necesidad, aunque su miseria nos parezca sin importancia en comparación con los grandes ideales que perseguimos.

JOSÉ ANTONIO LOARTE (ed), *Por las sendas de la fe*; Cristiandad, Madrid 2013, pp. 34-35
Fuente: san Josemaría, Artículo publicado en “ABC”, Madrid, 1-XI-1969

Hablar de libertad, de amor a la libertad, es plantear un ideal difícil: es hablar de una de las mayores riquezas de la fe. Porque —no nos engañemos— la vida no es una novela rosa. La fraternidad cristiana no es algo que venga del cielo de una vez para todas, sino realidad que ha de ser construida cada día. Y que ha de serlo en una vida que conserva toda su dureza, con choques de intereses, con tensiones y luchas, con el contacto diario con personas que nos parecerán mezquinas, y con mezquindades de nuestra parte.

Pero si todo eso nos descorazona, si nos dejamos vencer por el propio egoísmo o si caemos en la actitud escéptica de quien se encoge de hombros, será señal de que tenemos necesidad de profundizar en nuestra fe, de contemplar más a Cristo. Porque sólo en esa escuela aprende el cristiano a conocerse a sí mismo y a comprender a los demás, a vivir de tal manera que sea Cristo presente en los hombres.

JOSÉ ANTONIO LOARTE (ed), *Por las sendas de la fe*; Cristiandad, Madrid 2013, pp. 137-138
Fuente: san Josemaría, Homilía en São Paulo, 26-V-1974

Con vuestra licencia, Soberano Señor Sacramentado.

He pedido la venia, el permiso, al Señor para deciros unas palabras. Porque vosotros y yo sabemos ciertamente que ahí está Jesús, el Hijo de María, que ha cogido

nuestro corazón y nuestra vida, nuestra inteligencia y nuestros sentidos, nuestro ser entero. ¡Lo ha cogido para Él!

Uno de estos días pasados os recordaba un texto de la Escritura Santa: *elegit nos ante mundi constitutionem ut essemus sancti in conspectu eius (Ef 1, 4)*; nos ha escogido, antes de crear el mundo, para que fuéramos santos en su presencia.

Hijos míos, santos quiere decir... Cruz. El Señor nos quiere felices. Yo veo a mis hijos siempre alegres, con una alegría sobrenatural, con algo tan íntimo que es compatible con los dolores y con las contradicciones de esta vida nuestra en la tierra.

Hijos míos, me alargaría mucho, pero hice el propósito de deciros pocas cosas. Que pidáis conmigo al Señor, cuando lo tengáis en el corazón, después de adorarlo y de repetirle: creo, espero, ¡amo!, *sed adiuva incredulitatem meam! (Mt 9, 23)*, pero ayuda mi falta de fe...

Después de esto, decidle como un *ritornello*, como esas palabras que se repiten en una canción popular: viene el Padre diciéndonos que trabajemos en el Brasil y desde el Brasil. Señor, ¡en Brasil y desde el Brasil! Esta es la tierra tuya. Ayer, un hijo mío me recordaba que la llaman *tierra de la Santa Cruz*; y nosotros nos llamamos así por voluntad de Dios. Ha sido Él quien lo ha querido.

JOSÉ ANTONIO LOARTE (ed), *Por las sendas de la fe*; Cristiandad, Madrid 2013, pp. 138

Fuente: san Josemaría, Homilía en São Paulo, 26-V-1974

Hijos míos, abrazaos a vuestras pequeñas cruces; que, cuando las améis, no os pesarán. Y entonces tendréis la alegría. Esa alegría que es un tesoro, que nos pertenece de derecho. Ese *gaudium cum pace!*, que cada día sale de nuestra boca porque lo debemos tener en el corazón, pero decididos a sacrificarnos de esa manera. No dejéis a Cristo solo. Extended los brazos y decid: aquí estoy yo también, con gesto de sacerdote, ¡sin tragedia!, sin hacer pesar sobre los demás las pequeñas contradicciones mentales de la vida.

Hay también tantas alegrías, tantas satisfacciones... Hay, ya en la tierra, un pequeño Cielo. Sobre todo si tratamos a Jesús y, en este mes de María, si vamos a Él por su Madre, con San José.

Acostumbraos a buscar la intimidad de Cristo con su Madre y con su padre, el Patriarca Santo, que entonces tendréis lo que Él quiere que tengamos: una vida contemplativa. Porque estaremos, simultáneamente, en la tierra y en el Cielo, tratando las cosas humanas de manera divina, sin sacarlas de quicio. Y tendremos la humildad de abrir nuestro corazón para que Él, y nosotros mismos, y los Directores —y vuestros hermanos, cuando se han dado cuenta— vean nuestras debilidades, nuestras llagas, y contemplen también el amor que todo lo purifica, que todo lo enciende, que todo lo limpia.

JOSÉ ANTONIO LOARTE (ed), *Por las sendas de la fe*; Cristiandad, Madrid 2013, pp. 138-139

Fuente: san Josemaría, Homilía en São Paulo, 26-V-1974

Hijos míos, tenéis un gran trabajo por delante. Yo llevo casi cincuenta años en el Opus Dei —cuarenta y siete—, y estoy en el año cincuenta de mi sacerdocio. Sin embargo, el Padre sigue diciendo que es joven: con la juventud tuya, Jesús. *Iesus Christus, heri et hodie, ipse et in sæcula! (Hb 13, 8)*, porque Jesucristo es hoy el mismo que era ayer, y será el mismo mañana y siempre, con una juventud eterna.

Con esa juventud de Cristo, con la juventud física que tenéis y la juventud espiritual que adquirirá madurez, vosotros prenderéis fuego a esta tierra maravillosa. *Rubrum!*: roja la pondréis, encendida. Y desde aquí, como desde una plataforma, os veo marchar a Oriente y a África, que nos espera, donde hay tantos hermanos vuestros africanos también, que os quieren, que están pendientes de lo que nosotros hacemos aquí.

¡Señor!, ya ves lo que hacemos: quererte. Ya ves lo que hacemos: llenarnos de promesas, de buenos propósitos, de pena por no haber sabido corresponder a tu Amor, por haberte ofendido. Yo, Señor, te pido perdón por mis culpas, por mis pecados; y te pido que me ayudes a servirte como Tú quieres ser servido.

Una invocación a la Virgen, para que nos enseñe a recibir a su Hijo como Ella lo recibió. Una invocación a San José, para que nos enseñe a tenerlo sobre nuestro corazón, en nuestro corazón, como él lo apretaba contra su pecho.

JOSÉ ANTONIO LOARTE (ed), *Por las sendas de la fe*; Cristiandad, Madrid 2013, pp. 139-141
Fuente: san Josemaría, Acción de gracias después de la Comunión; São Paulo, 26-V-1974

Es bueno que cada uno de nosotros invoque a su Ángel Custodio, para que sea testigo de este milagro continuo, de esta unión, de esta comunión, de esta identificación de un pobre pecador —eso es cada uno de vosotros, y sobre todo yo, que soy un miserable— con su Dios.

Sabiendo que es Él, le saludamos poniendo la frente en el suelo, con adoración. *Serviam!* Nosotros te queremos servir. Le pediremos perdón de nuestras miserias, de nuestros pecados, y nos dolerán los pecados de todo el mundo. *Supra dorsum meum fabricaverunt peccatores (Sal 128, 3)*: sentiremos sobre nuestro pecho ese fardo de iniquidad, de toda la miseria que hay en el mundo, especialmente en estos últimos años. Querremos no sólo pedirle perdón, sino remediar de alguna manera todo esto: ¡desagraviar!

Y tendremos que confesar nuestra nada: Señor, ¡no puedo!, ¡no valgo!, ¡no sé!, ¡no tengo!, ¡no soy nada! Pero Tú lo eres todo. Yo soy tu hijo, y tu hermano. Y puedo tomar tus méritos infinitos, los merecimientos de tu Madre y los del Patriarca San José, mi Padre y Señor; y las virtudes de los Santos, el oro de mis hijos, las pequeñas luces que brillan en la noche de mi vida por la misericordia infinita tuya y mi poca correspondencia. Todo esto te lo ofrezco, con mis miserias, con mi poquedad, para que —sobre esas miserias— te pongas Tú y estés más alto.

Y acudo a San José. Hemos dicho que le trataríamos —se lo hemos prometido a la Virgen— cordialmente. Acudo a San José, que es mi Padre y Señor; y con él, voy a su Esposa, la Virgen Madre, que es también Madre mía. Con María y con José me acerco hasta Jesús —lo tengo ahora en mi corazón— y le digo: creo, ¡creo! *Adauge nobis fidem, spem, caritatem!* (cfr. *Lc 17, 5*), auméntanos la fe, la esperanza y el amor. Porque hemos de vivir de Amor, y sólo Tú puedes darnos esas virtudes.

Entonces, sabiendo que nos escucha, que nos ama; sabiendo que somos Cristo — porque Él nos asume de alguna manera—, nos da alegría alabarle así: gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo. Desde esta tierra bendita, tan llena de cosas buenas, tan llena de almas que le aman y de almas que no le conocen, para quienes Cristo es todavía una figura desconocida o un mito. ¡Dios mío!, ¿es posible? Han pasado veinte siglos, ¡veinte siglos!, y la Redención aún se está haciendo.

Yo no soy yo, os he dicho, y me lo repito a mí mismo... Nos eligió desde la eternidad. Desde antes de crear el mundo, nos señaló con el dedo: *redemi te, et vocavi te nomine tuo (Is 43, 1)*; Yo te he creado, te he redimido, te he llamado por tu nombre: *meus es tu!*, ¡eres mío! Tú eres de Dios, de Cristo. Díselo. También yo soy suyo. Muchas veces no hemos querido pertenecerle: ¡ya no más! Volveremos corriendo, porque es muy frágil nuestra miseria. Todas estas aspiraciones sobrenaturales, todo este afán divino, lo tenemos metido en vasos de barro, quebradizos. Pero no importa: si se rompen... se arreglan. ¡A la confesión! ¡A la dirección espiritual! ¡A la claridad! ¡A la luz! ¡Al perdón! ¡Al amor! ¡A la alegría!

JOSÉ ANTONIO LOARTE (ed), *Por las sendas de la fe*; Cristiandad, Madrid 2013, pp. 141-142
Fuente: san Josemaría, Acción de gracias después de la Comunión; São Paulo, 26-V-1974

Sueño con una gran obra apostólica de carácter científico, de carácter práctico y humano —porque, si no fuera humana, no sería para servir a los hombres y a las almas—, pero de entraña sobrenatural, que mire al Oriente y a África. Vuestros hermanos, en los dos sitios, saben que estoy aquí, y hoy estarán rezando especialmente por vosotros y por mí. Hermanos que tienen el mismo color que algunos de vosotros, que saben que no hay

más que una familia: la familia de Dios; que no hay más que una raza: la raza de los hijos de Dios. Esto que vivís aquí, con naturalidad terrena, hay que practicarlo con naturalidad sobrenatural. Parece una contradicción, pero no lo es. Hijos míos, ¡cuánto espero, cuánto espera Jesús de ti, de cada uno de vosotros, de que tú y yo no pongamos condiciones, de que estemos dispuestos a volver! ¡Siempre a volver!

Señor, aunque mi pobre vida sea tan miserable como la del hijo pródigo —que se va detrás de la pira de cerdos, detrás de las bellotas, de las cosas humanas—, yo vuelvo, volveré siempre, Señor, porque te amo. ¡No me abandones!

Un grito a Santa María, un clamor a San José..., y la jaculatoria final: *Sancta Maria, Spes nostra, Sedes sapientiæ, ora pro nobis!*

JOSÉ ANTONIO LOARTE (ed), *Por las sendas de la fe*; Cristiandad, Madrid 2013, pp. 145-146
Fuente: san Josemaría, Notas de una meditación; Roma, 19-III-1975

Esta noche he pensado en tantas cosas de hace muchos años. Ciertamente digo siempre que soy joven, y es verdad: *ad Deum qui lætificat iuventutem meam!* (Sal 42, 4). Soy joven con la juventud de Dios. Pero son muchos años. Se lo contaba esta mañana, en la oración, a vuestros hermanos del Consejo¹.

El Señor me ha hecho ver cómo me ha llevado siempre de la mano. Tenía yo catorce o quince años cuando comencé a barruntar el Amor, a darme cuenta de que el corazón me pedía algo grande y que fuese amor. Vi con claridad que Dios quería algo, pero no sabía qué era. Por eso hablé con mi padre, diciéndole que quería ser sacerdote. Él no se esperaba esta salida. Fue la única vez —ya os lo he contado en otras ocasiones— que yo he visto lágrimas en sus ojos. Me respondió: mira, hijo mío, si no vas a ser un sacerdote santo, ¿por qué quieres serlo? Pero no me opondré a lo que desees. Y me llevó a hablar con un amigo suyo, para que me orientara.

Yo no sabía lo que Dios quería de mí, pero era —evidentemente— una elección. Ya vendría lo que fuera... De paso me daba cuenta de que no servía, y hacía esa letanía, que no es de falsa humildad, sino de conocimiento propio: no valgo nada, no tengo nada, no puedo nada, no soy nada, no sé nada... Lo he ido escribiendo para vosotros tantas veces; muchas cosas de éstas las tenéis impresas.

En la oración (...) veía el camino que hemos recorrido, el modo, y me pasmaba. Porque, efectivamente, una vez más se ha cumplido lo que dice la Escritura: lo que es necio, lo que no vale nada, lo que —se puede decir— casi ni siquiera existe..., todo eso lo coge el Señor y lo pone a su servicio (cfr. 1 Cor 1, 28). Así tomó a aquella criatura, como instrumento suyo. No tengo motivo alguno de soberbia.

Dios me ha hecho pasar por todas las humillaciones, por aquello que me parecía una vergüenza, y que ahora veo que eran tantas virtudes de mis padres. Lo digo con alegría. El Señor tenía que prepararme; y como lo que había a mi alrededor era lo que más me dolía, por eso pegaba allí. Humillaciones de todo estilo, pero a la vez llevadas con señorío cristiano: lo veo ahora, y cada día con más claridad, con más agradecimiento al Señor, a mis padres, a mi hermana Carmen...

JOSÉ ANTONIO LOARTE (ed), *Por las sendas de la fe*; Cristiandad, Madrid 2013, pp. 146-148
Fuente: san Josemaría, Notas de una meditación; Roma, 19-III-1975

Pasó el tiempo. Fui a buscar fortaleza en los barrios más pobres de Madrid. Horas y horas por todos los lados, todos los días, a pie de una parte a otra, entre pobres vergonzantes y pobres miserables, que no tenían nada de nada; entre niños con los mocos en la boca, sucios, pero niños, que quiere decir almas agradables a Dios. ¡Qué indignación siente mi alma de sacerdote, cuando dicen ahora que los niños no deben confesarse mientras son pequeños! ¡No es verdad! Tienen que hacer su confesión personal, auricular

¹ Se refiere al Consejo General del Opus Dei, uno de los órganos centrales de gobierno de la Obra.

y secreta, como los demás. ¡Y qué bien, qué alegría! Fueron muchas horas en aquella labor, pero siento que no hayan sido más. Y en los hospitales, y en las casas donde había enfermos, si se pueden llamar casas a aquellos tugurios... Eran gente desamparada y enferma; algunos, con una enfermedad que entonces era incurable, la tuberculosis.

De modo que fui a buscar los medios para hacer la Obra de Dios, en todos esos sitios. Mientras tanto, trabajaba y formaba a los primeros que tenía alrededor. Había una representación de casi todo: había universitarios, obreros, pequeños empresarios, artistas... (...)

Fueron unos años intensos, en los que el Opus Dei crecía para adentro sin darnos cuenta. Pero he querido deciros —algún día os lo contarán con más detalle, con documentos y papeles— que la fortaleza humana de la Obra han sido los enfermos de los hospitales de Madrid: los más miserables; los que vivían en sus casas, perdida hasta la última esperanza humana; los más ignorantes de aquellas barriadas extremas.

Éstas son las ambiciones del Opus Dei, los medios humanos que pusimos: enfermos incurables, pobres abandonados, niños sin familia y sin cultura, hogares sin fuego y sin calor y sin amor. Y formar a los primeros que venían, hablándoles con una seguridad completa de todo lo que se haría, como si ya estuviera hecho... ¡Y lo estáis haciendo ahora vosotros! Ciertamente hay mucho hecho, pero es poco.

Ahora, Señor, quiero darte gracias delante de estos hijos, porque hay material y formación suficiente para que no se tuerza el camino de la Obra, para que no se pierda el buen espíritu. Por aquí hemos andado esta mañana en la oración, dando gracias, y diciendo: Señor, casi cincuenta años de trabajo, y yo no he sabido hacer nada: todo lo has hecho Tú, a pesar de mí, a pesar de mi falta de virtud, a pesar de...

JOSÉ ANTONIO LOARTE (ed), *Por las sendas de la fe*; Cristiandad, Madrid 2013, pp. 148-149

Fuente: san Josemaría, Notas de una meditación; Roma, 19-III-1975

Y luego, Dios nos llevó por los caminos de nuestra vida interior, por los específicos. ¿Qué buscaba yo? *Cor Mariæ Dulcissimum, iter para tutum!* Buscaba el poder de la Madre de Dios, como un hijo pequeño, yendo por caminos de infancia. Acudí a San José, mi Padre y mi Señor. Me interesaba verlo poderoso, poderosísimo, jefe de aquel gran clan divino, y a quien Dios mismo obedecía: *erat subditus illis!* (Lc 2, 51). Acudí a la intercesión de los santos con simplicidad, en un latín morrocotudo pero piadoso: *Sancte Nicolaë, curam domus age!*; y a la devoción a los Santos Ángeles Custodios, porque fue un 2 de octubre cuando sonaban aquellas campanas de Nuestra Señora de los Ángeles, una parroquia madrileña junto a Cuatro Caminos... (...) Acudí a los Santos Ángeles con confianza, con puerilidad; sin darme cuenta de que Dios me metía —vosotros no tenéis por qué imitarme, ¡viva la libertad!— por caminos de infancia espiritual.

¿Qué puede hacer una criatura, que debe cumplir una misión, si no tiene medios, ni edad, ni ciencia, ni virtudes, ni nada? Ir a su madre y a su padre, acudir a los que pueden algo, pedir ayuda a los amigos... Eso hice yo en la vida espiritual. Eso sí, a golpe de disciplina, llevando el compás. (...)

Hijos míos, os estoy contando un poquito de lo que ha sido mi oración de esta mañana: es para llenarme de vergüenza y de agradecimiento, y de más amor. Todo lo hecho hasta ahora es mucho, pero es poco: en Europa, en Asia, en África, en América y en Oceanía. Todo es obra de Jesús, Señor nuestro. Todo lo ha hecho nuestro Padre del Cielo.

Si algunos que son gente mayor, gente hecha, gente culta, me oyeran hablar así, dirían: ¡este hombre está loco! Pues sí, estoy loco. *Deo gratias!* Gracias a Nuestro Señor por esta locura de amor, que muchas veces no *siento*, hijos míos. Aun humanamente hablando, soy el hombre menos solo de la tierra; sé que en todos los sitios están rezando por mí, para que sea bueno y fiel. Y, sin embargo, a veces me siento tan solo... No han faltado nunca, oportunamente, de modo providencial y constante, los hermanos vuestros que —más que hijos míos— han sido para mí como padres, cuando he necesitado el consuelo y la fortaleza de un padre.

Hijos míos, toda nuestra fortaleza es prestada. ¡A luchar!, no os hagáis ilusiones. Si peleamos, todo saldrá. Tenéis por delante tanto camino recorrido, que ya no os podéis equivocar. Con lo que hemos hecho en el terreno teológico —una teología nueva, queridos míos, y de la buena— y en el terreno jurídico; con lo que hemos hecho con la gracia del Señor y de su Madre, con la providencia de nuestro Padre y Señor San José, con la ayuda de los Ángeles Custodios, ya no podéis equivocaros, a no ser que seáis unos malvados.

Vamos a dar gracias a Dios. Y ya sabéis que yo no soy necesario. No lo he sido nunca.

JOSÉ ANTONIO LOARTE (ed), *Por las sendas de la fe*; Cristiandad, Madrid 2013, pp. 149-151
Fuente: san Josemaría, Notas de una meditación; Roma, 19-III-1975

Daos cuenta de que Dios, con su providencia, ha tenido detalles imponentes con nosotros: paternos y maternos. Al principio de la Obra pensé, y lo puse por escrito, que en el Opus Dei no habría mujeres ni de lejos. (...)

Las obras corporativas salieron después. Las obras corporativas no son lo esencial en la Obra: lo esencial es que cada uno viva suelto donde sea, y se porte como un hijo de Dios a toda hora, y viva de Amor, y trabaje por Amor, y se sienta siempre sostenido con ese Amor, con esa fortaleza de Dios.

(...)

¡Cuántas cosas sueltas! La primera labor corporativa fue la Academia que llamábamos DYA —Derecho y Arquitectura— porque se daban clases de esas dos materias; pero significaba Dios y Audacia, para nosotros. Hemos pasado por delante del edificio, hace poco tiempo, y el corazón me latía fuerte... ¡Cuántos sufrimientos! ¡Cuánta contradicción! ¡Cuánta charlatanería! ¡Cuántas mentirotas!... Allí llevé unos muebles de mi madre y otras cosas que me dio una amiga de familia, a la que llamaba Conchita *la gorda*. Algunas eran demasiado grandes; las partí y las llevé al asilo de Porta Coeli, donde trabajaba dirigiendo cariñosamente, afectuosamente, a los golfos que estaban allí recogidos. Una vez partidas, aquellas cosas quedaban como más humanas, y además teníamos doble de todo.

Cada día, cuando me marchaba de casa de mi madre, venía mi hermano Santiago, metía las manos en mis bolsillos, y me preguntaba: ¿qué te llevas a tu nido? Y eso mismo hemos hecho después todos: traer a nuestro *nido* lo que podíamos, para servicio de Dios, para construir nuestro pequeño hogar en cada sitio. ¡Tantos hogares que son uno solo!, como somos muchos corazones y tenemos un solo corazón, una sola mente, un solo querer, una sola voluntad, con esta obediencia bendita, llena de voluntariedad, de libertad. No quiero que nadie se sienta coaccionado; en todo caso, sólo por la coacción del amor, sólo por la coacción de saber que no acabamos de corresponder al amor que Jesús tiene con nosotros, cuando nos ha buscado. *Ego redemi te, et vocavi te nomine tuo: meus es tu (Is 43, 1)*.

JOSÉ ANTONIO LOARTE (ed), *Por las sendas de la fe*; Cristiandad, Madrid 2013, pp. 151-152
Fuente: san Josemaría, Notas de una meditación; Roma, 19-III-1975

¡No vaciléis nunca! Desde ahora os digo —y no conozco vuestros problemas personales, pero las almas tienen un paralelismo tremendo, aunque sean distintas— que tenéis vocación divina, que Cristo Jesús os ha llamado desde la eternidad. No sólo os ha señalado con el dedo, sino que os ha besado en la frente. Por eso, para mí, vuestra cabeza reluce como un lucero.

También tiene su historia lo del lucero... Son esas grandes estrellas que parpadean por la noche, allá arriba, en la altura, en el cielo azulado y oscuro, como grandes diamantes de una claridad fabulosa. Así es de clara vuestra vocación: la de cada uno y la mía. Yo, que soy muy miserable y he ofendido mucho a Nuestro Señor, que no he sabido corresponder y he sido un cobarde, tengo que agradecer a Dios no haber dudado nunca de

mi vocación, ni de la divinidad de mi vocación. Vosotros tampoco debéis dudar. Si no, no estarías aquí. Agradecédselo al Señor.

Cuando pasen los años, y yo haya ido a dar cuentas a Dios... *Da mihi rationem vilicationis tuæ* (cfr. *Lc 16, 2*), dame cuenta de tu administración... Era muy joven cuando escribí —y lo repetiré ahora, con paladeo de miel— que Jesús no será mi Juez ni el vuestro: será Jesús, un Dios que perdona (cfr. *Camino*, n. 168).

JOSÉ ANTONIO LOARTE (ed), *Por las sendas de la fe*; Cristiandad, Madrid 2013, pp. 152-153
Fuente: san Josemaría, *Notas de una meditación*; Roma, 19-III-1975

Esta casa es uno de tantos puntos de ignición como prenderéis vosotros en el mundo. Lo veis nacer, contribuís trabajando como un obrero más, tantas horas. Así hemos hecho siempre. Invoco en este momento a Chiqui —hoy celebraba su santo— para que se asocie con los demás que están en la Casa del Cielo; al Señor le gustará que le tenga presente.

En aquellos tiempos disponíamos de muy pocos muebles. Teníamos ropa, que me habían dado unos grandes almacenes a crédito, para pagarla cuando pudiera. Y no teníamos armarios para guardarla. En el suelo habíamos puesto con mucho cuidado unos papeles de periódico, y encima la ropa: cantidades inmensas. Entonces me parecían inmensas; ahora me parecerían ridículas. Y encima, más papeles, para resguardarla del polvo... ¡Han cambiado un poco las circunstancias, eh! Ahora podéis más, tenéis más medios.

Pues me traje del Rectorado de Santa Isabel un acetre con agua bendita y un hisopo. Mi hermana Carmen me había hecho un roquete espléndido, con un encaje así de grande confeccionado por ella misma con bolillos. También me traje de Santa Isabel una estola y un ritual, y fui bendiciendo la casa vacía: con una solemnidad y alegría, ¡con una seguridad!... Nuestra mayor ilusión era poner el oratorio, cosa que ahora os parece tan fácil; ¿verdad, hijos míos? Y es fácil porque hemos logrado, desde hace muchos años, tener jurídicamente el derecho a poner oratorios semipúblicos con Nuestro Señor reservado. Pero entonces no teníamos derecho a nada.

(...)

Hijos míos, ya veis que hemos puesto medios divinos; medios que, para la gente de la tierra, no son una cosa proporcionada. Yo lo veo ahora; entonces no me daba cuenta de que era el Espíritu Santo el que nos llevaba y nos traía. No estamos nunca solos: tenemos Maestro y Amigo.

Bien, vamos a dar la bendición. Álvaro, ayúdame.

JOSÉ ANTONIO LOARTE (ed), *Por las sendas de la fe*; Cristiandad, Madrid 2013, pp. 157-158
Fuente: san Josemaría, *Notas de una meditación*; Roma, 27-III-1975

Adauge nobis fidem! (*Lc 17, 5*). ¡Auméntanos la fe!, estaba diciendo yo al Señor. Quiere que le pida esto: que nos aumente la fe. Mañana no os diré nada; y ahora no sé lo que os voy a decir... Que me ayudéis a dar gracias a Nuestro Señor por ese cúmulo inmenso, enorme, de favores, de providencias, de cariño..., ¡de palos!, que también son cariño y providencia.

Señor, ¡auméntanos la fe! Como siempre, antes de ponernos a hablar con intimidad contigo, hemos acudido a Nuestra Madre del Cielo, a San José, a los Ángeles Custodios.

A la vuelta de cincuenta años, estoy como un niño que balbucea: estoy comenzando, recomenzando, como en mi lucha interior de cada jornada. Y así, hasta el final de los días que me queden: siempre recomenzando. El Señor lo quiere así, para que no haya motivos de soberbia en ninguno de nosotros, ni de necia vanidad. Hemos de estar pendientes de Él, de sus labios: con el oído atento, con la voluntad tensa, dispuesta a seguir las divinas inspiraciones.

Una mirada atrás... Un panorama inmenso: tantos dolores, tantas alegrías. Y ahora, todo alegrías, todo alegrías... Porque tenemos la experiencia de que el dolor es el martilleo

del Artista, que quiere hacer de cada uno, de esa masa informe que somos, un crucifijo, un Cristo, el *alter Christus* que hemos de ser.

Señor, gracias por todo. ¡Muchas gracias! Te las he dado; habitualmente te las he dado. Antes de repetir ahora ese grito litúrgico —*gratias tibi, Deus, gratias tibi!*—, te lo venía diciendo con el corazón. Y ahora son muchas bocas, muchos pechos, los que te repiten al unísono lo mismo: *gratias tibi, Deus, gratias tibi!*, pues no tenemos motivos más que para dar gracias.

No hemos de apurarnos por nada; no hemos de preocuparnos por nada; no hemos de perder la serenidad por ninguna cosa del mundo (...). Señor: que les des serenidad a los hijos míos; que no la pierdan ni cuando tengan un error de categoría. Si se dan cuenta de que lo han cometido, eso ya es una gracia, una luz del Cielo.

Gratias tibi, Deus, gratias tibi! Un cántico de acción de gracias tiene que ser la vida de cada uno, porque ¿cómo se ha hecho el *Opus Dei*? Lo has hecho Tú, Señor, con cuatro *chisgarabís... Stulta mundi, infirma mundi, et ea quæ non sunt* (cfr. 1 Cor 1, 26-27). Toda la doctrina de San Pablo se ha cumplido: has buscado medios completamente ilógicos, nada aptos, y has extendido la labor por el mundo entero. Te dan gracias en toda Europa, y en puntos de Asia y África, y en toda América, y en Oceanía. En todos los sitios te dan gracias.

JOSÉ ANTONIO LOARTE (ed), *Por las sendas de la fe*; Cristiandad, Madrid 2013, pp. 158-159
Fuente: san Josemaría, Notas de una meditación; Roma, 27-III-1975

En ese Tabernáculo tan hermoso que hicieron con tanto cariño los hijos míos, y que pusimos aquí cuando no teníamos dinero ni para comer; en esta especie de alarde de lujo, que me parece una miseria y realmente lo es, para guardarte a Ti, ahí quise yo colocar dos o tres detalles. El más interesante es esa frase que hay sobre la puerta: *consummati in unum!* (Jn 17, 23). Porque es como si todos estuviéramos aquí, pegados a Ti, sin abandonarte ni de día ni de noche, en un cántico de acción de gracias y —¿por qué no?— de petición de perdón. Pienso que te enfadas porque digo esto. Tú nos has perdonado siempre; siempre estás dispuesto a perdonar los errores, las equivocaciones, el fruto de la sensualidad o de la soberbia.

Consummati in unum! Para reparar..., para agradecer..., para dar gracias, que es una obligación capital. No es una obligación de este momento, de hoy, del tiempo que se cumple mañana; no. Es un deber constante, una manifestación de vida sobrenatural, un modo humano y divino a la vez de corresponder al Amor tuyo, que es divino y humano.

JOSÉ ANTONIO LOARTE (ed), *Por las sendas de la fe*; Cristiandad, Madrid 2013, pp. 159-160
Fuente: san Josemaría, Notas de una meditación; Roma, 27-III-1975

La vida cristiana en esta tierra paganizada, en esta tierra enloquecida, en esta Iglesia que no parece tu Iglesia, porque están como locos en todas partes —no escuchan, dan la impresión de no interesarse por Ti; no ya de no amarte, sino de no conocerte, de olvidarte—, esta vida que, si es humana —lo repito—, para nosotros tiene que ser también divina, será divina si te tratamos mucho. Te trataríamos aunque tuviésemos que hacer muchas antesalas, aunque hubiera que pedir muchas audiencias. ¡Pero no hay que pedir ninguna! Eres tan todopoderoso, también en tu misericordia, que, siendo el Señor de los señores y el Rey de los que dominan, te humillas hasta esperar como un pobrecito que se arrima al quicio de nuestra puerta. No aguardamos nosotros; nos esperas Tú constantemente.

Nos esperas en el Cielo, en el Paraíso. Nos esperas en la Hostia Santa. Nos esperas en la oración. Eres tan bueno que, cuando estás ahí escondido por Amor, oculto en las especies sacramentales —yo así lo creo firmemente—, al estar real, verdadera y sustancialmente, con tu Cuerpo y tu Sangre, con tu Alma y tu Divinidad, también está la Trinidad Beatísima: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Además, por la inhabitación del Paráclito, Dios se encuentra en el centro de nuestras almas, buscándonos. Se repite, de

alguna manera, la escena de Belén, cada día. Es posible que —no con la boca, pero con los hechos— hayamos dicho: *non est locus in diversorio* (cfr. *Lc 2, 7*), no hay posada para Ti en mi corazón. ¡Ay, Señor, perdóname!

JOSÉ ANTONIO LOARTE (ed), *Por las sendas de la fe*; Cristiandad, Madrid 2013, pp. 160-161
Fuente: san Josemaría, Notas de una meditación; Roma, 27-III-1975

Adoro al Padre, al Hijo, al Espíritu Santo, Dios único. Yo no comprendo esa maravilla de la Trinidad; pero Tú has puesto en mi alma ansias, hambres de creer. ¡Creo!: quiero creer como el que más. ¡Espero!: quiero esperar como el que más. ¡Amo!: quiero amar como el que más.

Tú eres quien eres: la Suma bondad. Yo soy quien soy: el último trapo sucio de este mundo podrido. Y, sin embargo, me miras..., y me buscas..., y me amas. Señor: que mis hijos te miren, y te busquen, y te amen. Señor: que yo te busque, que te mire, que te ame.

Mirar es poner los ojos del alma en Ti, con ansias de comprenderte, en la medida en que —con tu gracia— puede la razón humana llegar a conocerte. Me conformo con esa pequeñez. Cuando veo que entiendo tan poco de tus grandezas, de tu bondad, de tu sabiduría, de tu poder, de tu hermosura..., cuando veo que entiendo tan poco, no me entristezco: me alegro de que seas tan grande que no quepas en mi pobre corazón, en mi miserable cabeza. ¡Dios mío! ¡Dios mío!... Si no sé decirte otra cosa, ya basta. ¡Dios mío! Toda esa grandeza, todo ese poder, toda esa hermosura..., ¡mía! Y yo..., ¡suyo!

Trato de llegar a la Trinidad del Cielo por esa otra *trinidad* de la tierra: Jesús, María y José. Están como más asequibles. Jesús, que es *perfectus Deus* y *perfectus Homo*. María, que es una mujer, la más pura criatura, la más grande; más que Ella, sólo Dios. Y José, que está inmediato a María: limpio, varonil, prudente, entero. ¡Oh, Dios mío! ¡Qué modelos! Sólo con mirar, entran ganas de morir de pena: porque, Señor, me he portado tan mal... No he sabido acomodarme a las circunstancias, divinizarme. Y Tú me dabas los medios: y me los das, y me los seguirás dando..., porque a lo divino hemos de vivir humanamente en la tierra.

JOSÉ ANTONIO LOARTE (ed), *Por las sendas de la fe*; Cristiandad, Madrid 2013, pp. 161-162
Fuente: san Josemaría, Notas de una meditación; Roma, 27-III-1975

Sancta Maria, Spes nostra, Sedes sapientiae! Concédenos la sabiduría del Cielo, para que nos comportemos de modo agradable a los ojos de tu Hijo, y del Padre, y del Espíritu Santo, único Dios que vive y reina por los siglos sin fin.

San José, que no te puedo separar de Jesús y de María; San José, por el que he tenido siempre devoción, pero comprendo que debo amarte cada día más y proclamarlo a los cuatro vientos, porque éste es el modo de manifestar el amor entre los hombres, diciendo: ¡te quiero! San José, Padre y Señor nuestro: ¡en cuántos sitios te habrán repetido ya a estas horas, invocándote, esta misma frase, estas mismas palabras! San José, nuestro Padre y Señor, intercede por nosotros.

Hemos de estar —y tengo conciencia de habérselo recordado muchas veces— en el Cielo y en la tierra, siempre. No *entre* el Cielo y la tierra, porque somos del mundo. ¡En el mundo y en el Paraíso a la vez! Ésta sería como la fórmula para expresar cómo hemos de componer nuestra vida, mientras permanezcamos *in hoc saeculo*. En el Cielo y en la tierra, endiosados; pero sabiendo que somos del mundo y que somos tierra, con la fragilidad propia de lo que es tierra: un cacharro de barro que el Señor se ha dignado aprovechar para su servicio. Y cuando se ha roto, hemos acudido a las famosas lañas, como el hijo pródigo: *he pecado contra el cielo y contra Ti* (cfr. *Lc 15, 21*)... Lo mismo cuando se trató de una cosa de categoría, que cuando era algo menudo. A veces nos ha dolido mucho, mucho, un fallo pequeño, un desamor, un no saber *mirar* al Amor de los amores, un no saber sonreír. Porque, cuando se ama, no hay cosas pequeñas: todo tiene mucha categoría, todo es grande, aun en una criatura miserable y pobre como yo, como tú, hijo mío.

Ha querido el Señor depositar en nosotros un tesoro riquísimo. ¿Que exagero? He dicho poco. He dicho poco ahora, porque antes he dicho más. He recordado que en nosotros habita Dios, Señor Nuestro, con toda su grandeza. En nuestros corazones hay habitualmente un Cielo. Y no voy a seguir.

Gratias tibi, Deus, gratias tibi: vera et una Trinitas, una et summa Deitas, sancta et una Unitas!

Que la Madre de Dios sea para nosotros *Turris Civitatis*, la torre que vigila la ciudad: la ciudad que es cada uno, con tantas cosas que van y vienen dentro de nosotros, con tanto movimiento y a la vez con tanta quietud; con tanto desorden y con tanto orden; con tanto ruido y con tanto silencio; con tanta guerra y con tanta paz.

Sancta Maria, Turris Civitatis: ora pro nobis!

Sancte Ioseph, Pater et Domine: ora pro nobis!

Sancti Angeli Custodes: orate pro nobis!

JOSÉ ANTONIO LOARTE (ed), *Por las sendas de la fe*; Cristiandad, Madrid 2013, pp. 165-166
Fuente: san Josemaría, Artículo “La Virgen del Pilar”, publicado de modo póstumo en “Libro de Aragón”, Caja de Ahorros de Zaragoza, Aragón y Rioja, 1976.

La teología ha ideado en los siglos pasados una sentencia que resume el amor de los cristianos a la Madre de Dios: *de Maria, nunquam satis*, nunca podremos excedernos en hablar y escribir sobre la dignidad de la que dio su carne y su sangre a la Segunda Persona de la Trinidad Santísima. Hago mía una vez más esa expresión, mientras redacto estas páginas sobre la Virgen del Pilar.

Los temas se acumulan en el corazón y en la memoria. Por un lado, la historia de una maravillosa advocación mariana, tan ligada al inicio de la evangelización de España; los milagros realizados en la tierra aragonesa por las manos de María; la maternal protección de Nuestra Señora a todos los que han acudido y acuden, desde el mundo entero, a este santuario de la misericordia divina. Por otro lado, mis recuerdos personales.

La devoción a la Virgen del Pilar comienza en mi vida, desde que con su piedad de aragoneses la infundieron mis padres en el alma de cada uno de sus hijos. Más tarde, durante mis estudios sacerdotales, y también cuando cursé la carrera de Derecho en la Universidad de Zaragoza, mis visitas al Pilar eran diarias. En marzo de 1925 celebré mi primera Misa en la Santa Capilla. A una sencilla imagen de la Virgen del Pilar confiaba yo por aquellos años mi oración, para que el Señor me concediera entender lo que ya barruntaba mi alma. *Domina!* —le decía con términos latinos, no precisamente clásicos, pero sí embellecidos por el cariño—, *ut sit!*, que sea de mí lo que Dios quiere que sea.

He tenido luego muchas pruebas palpables de la ayuda de la Madre de Dios: lo declaro abiertamente como un notario levanta acta, para dar testimonio, para que quede constancia de mi agradecimiento, para hacer fe de sucesos que no se hubieran verificado sin la gracia del Señor, que nos viene siempre por la intercesión de su Madre.

Pero no vamos a tratar ni de la historia de la advocación a la Virgen del Pilar — conocida por todos, constantemente relatada, transmitida por siglos de padres a hijos—, ni de mis recuerdos personales. Me gusta vivir ese buen pudor que reserva las cosas profundas del alma a la intimidad entre el hombre y su Padre Dios, entre el niño que ha de intentar ser todo cristiano y la Madre que lo aprieta siempre en sus brazos. Desearía, en cambio, que estas manifestaciones mías sobre la Virgen del Pilar fueran una ocasión para que considerásemos algunos puntos de la fe de la Iglesia sobre María, y algunas de las devociones con las que el pueblo fiel la ha honrado a lo largo de los tiempos, y la sigue honrando con cariño filial.

JOSÉ ANTONIO LOARTE (ed), *Por las sendas de la fe*; Cristiandad, Madrid 2013, pp. 166-168
Fuente: san Josemaría, Artículo “La Virgen del Pilar”, publicado de modo póstumo en “Libro de Aragón”, Caja de Ahorros de Zaragoza, Aragón y Rioja, 1976.

María se llama Madre de Dios porque Ella concibió y de Ella nació el Verbo hecho carne. Este dogma de la Maternidad divina de Nuestra Señora constituye la fuente y la raíz de los privilegios con que el Señor decidió adornarla. María es la Santa Virgen, antes del parto, en el parto y después del parto, como enseña el viejo y amadísimo catecismo de la doctrina cristiana. En Ella se cumplieron las proféticas palabras que el Espíritu Santo puso en boca de Isaías: *una virgen concebirá y dará a luz un hijo, será su nombre Emmanuel (Is 7, 14)*

Como preparación a ese portento, Nuestra Señora había sido preservada del pecado original y concebida Inmaculada. Es la *llena de gracia (Lc 1, 28)*, como la saludó San Gabriel. No sólo con muchas gracias, sino llena, con toda la gracia; por eso el Arcángel añade: *Dominus tecum (Lc 1, 28)*, el Señor está en ti, en ti todo el amor de Dios Padre, todo el fuego divino del Espíritu Santo; en ti toma carne el Verbo. En los misterios centrales de nuestra fe cristiana —la Santísima Trinidad, la Encarnación del Verbo y la Redención del género humano— participa María, criatura como nosotros, pero ensalzada por encima de los hombres y de los ángeles: más que Ella, sólo Dios.

El cuerpo purísimo de la Madre de Dios no quedó sujeto a la corrupción del sepulcro, ni hubo de esperar su glorificación hasta el fin del mundo. La Inmaculada Virgen, *terminado el curso de su vida terrena, fue asunta en cuerpo y alma a la gloria celestial (Pío XII, Const. apost. Munificentissimus Deus, 1-XI-1950)*.

La Iglesia define como dogmas de fe estas verdades fundamentales de la existencia de María: su Maternidad divina, su perpetua Virginitad, su Inmaculada Concepción, su Asunción a los Cielos. Y el Magisterio ordinario y universal de la Iglesia propone también, a la fe de los cristianos, la doctrina sobre otros privilegios y prerrogativas de Nuestra Señora.

La aclama como Corredentora, Mediadora ante el Señor, indisolublemente unida a su Hijo, único Mediador entre Dios y la humanidad. La intervención de María, su corredención real no puede separarse de la Redención de Cristo. *Mantuvo fielmente su unión con el Hijo hasta la Cruz, y allí, no sin designio divino, permaneció en pie, sufriendo profundamente con su Unigénito y asociándose con entrañas de Madre a su Sacrificio, consintiendo amorosamente a la inmolación de la Víctima que Ella misma había engendrado (Lumen gentium, n. 54)*.

Viendo Jesús a María y al discípulo amado, que estaba allí, se dirige a su Madre: Mujer, ahí tienes a tu hijo. Después habla con el discípulo: ahí tienes a tu Madre. Desde aquel momento la recibió el discípulo por suya (Jn 19, 26-27). Y nosotros por nuestra. Dios nos la entrega como Madre de todos los regenerados en el Bautismo, y convertidos en miembros de Cristo: Madre de la Iglesia entera. *Vosotros sois el cuerpo de Cristo, y miembros unidos a otros miembros*, escribe San Pablo (1 Cor 12, 27). La que es Madre del Cuerpo es Madre de todos los que se incorporan a Cristo, desde el primer brote de la vida sobrenatural, que se inicia en el Bautismo y se robustece con el crecimiento de los dones del Espíritu Santo.

JOSÉ ANTONIO LOARTE (ed), *Por las sendas de la fe*; Cristiandad, Madrid 2013, pp. 168-170
Fuente: san Josemaría, Artículo “La Virgen del Pilar”, publicado de modo póstumo en “Libro de Aragón”, Caja de Ahorros de Zaragoza, Aragón y Rioja, 1976.

Trasladémonos con la imaginación a Caná, para descubrir otra de las prerrogativas de María. Nuestra Señora pide a su Hijo que remedie aquella triste situación, de un convite de bodas donde no tenían vino. Indica a los criados: *haced lo que Él os diga (Jn 2, 5)*. Y Jesús realiza lo que su Madre le había sugerido, con maternal omnipotencia. Si así obró Cristo para ayudar a aquella gente en un problema doméstico, ¿cómo no escuchará a su Madre, cuando María le ruega por todos sus hijos?

Dios quiere conceder a los hombres su gracia, y quiere darla a través de María. *Distamos mucho*, escribía San Pío X, *de atribuir a la Madre de Dios una virtud productora de la gracia sobrenatural, virtud que sólo pertenece a Dios. Sin embargo, puesto que María sobresale por encima de todos en santidad y en unión con Jesucristo, y ha sido asociada por*

Jesucristo a la obra de la Redención, Ella nos merece de congruo, como dicen los teólogos, lo que Jesucristo nos ha merecido de condigno, y Ella es el ministro supremo de la dispensación de las gracias (enc. *Ad diem illum*, 2-II-1904). Ella es la seguridad, Ella es la esperanza, Ella es la Madre del Amor Hermoso, Ella es el principio y el asiento de la sabiduría; y Ella, la Virgen Madre, medianera de todas las gracias, es la que nos llevará de la mano hasta su Hijo, Jesús.

La Madre de Cristo, Rey y Señor de todo lo creado, Rey de un reino de vida, de verdad, de santidad, de gracia, de justicia, de amor y de paz (cfr. *Prefacio de la fiesta de Cristo Rey*), es Reina también del mundo, de los hombres y de los ángeles. Reina que ansía reinar, antes que nada, en los corazones de sus hijos. Así son las madres: no buscan el clamor aparatoso; esperan esas pequeñas manifestaciones de que los hijos no las olvidan, de que el pensamiento y el corazón saltan de gozo —una alegría tranquila, serena, profunda— cuando se piensa en la madre.

Pero los buenos hijos saben entregar a su madre más de lo que pide. ¿Hace falta poner ejemplos, al escribir sobre la Virgen del Pilar? Entre las paredes de este templo — que parecen de piedra y son de amor—, se ha encendido el cariño de muchas generaciones de cristianos. Mi preferencia va a los gestos y a las palabras que han quedado entre cada alma y la Madre de Dios; a esos millones de jaculatorias, de piropos callados, de lágrimas contenidas, de rezos de niños, de tristezas convertidas en gozo al sentir en el alma la caricia amorosa de Nuestra Madre.

JOSÉ ANTONIO LOARTE (ed), *Por las sendas de la fe*; Cristiandad, Madrid 2013, pp. 170-171
Fuente: san Josemaría, Artículo “La Virgen del Pilar”, publicado de modo póstumo en “Libro de Aragón”, Caja de Ahorros de Zaragoza, Aragón y Rioja, 1976.

El culto a Santa María, las muestras de amor a la Santísima Virgen pertenecen al patrimonio de la Iglesia universal. No puede decirse que sean propias o exclusivas de un determinado país o de una institución religiosa. Se han plasmado en devociones, aprobadas y recomendadas por la Iglesia, unidas a ese tesoro de fe que forman los dogmas y los extraordinarios atributos que acabo brevemente de mencionar.

Para mí, la primera devoción mariana —me gusta verla así— es la Santa Misa. En la fiesta de la Maternidad, la Iglesia ha recogido esta oración: *oh, Dios, que en la fecunda virginidad de María Santísima has dado a los hombres los tesoros de la salvación eterna, concédenos que experimentemos la intercesión de Aquella por la que hemos sido hechos dignos de acoger al Autor de la vida, Jesucristo.*

Cada día, al bajar Cristo a las manos del sacerdote, se renueva su presencia real entre nosotros con su Cuerpo, con su Sangre, con su Alma y con su Divinidad: el mismo Cuerpo y la misma Sangre que tomó de las entrañas de María. En el Sacrificio del Altar, la participación de Nuestra Señora nos evoca el silencioso recato con que acompañó la vida de su Hijo, cuando andaba por la tierra de Palestina. La Santa Misa es una acción de la Trinidad: por voluntad del Padre, cooperando el Espíritu Santo, el Hijo se ofrece en oblación redentora. En ese insondable misterio, se advierte, como entre velos, el rostro purísimo de María: Hija de Dios Padre, Madre de Dios Hijo, Esposa de Dios Espíritu Santo.

El trato con Jesús, en el Sacrificio del Altar, trae consigo necesariamente el trato con María, su Madre. Quien encuentra a Jesús, encuentra también a la Virgen sin mancha, como sucedió a aquellos santos personajes —los Reyes Magos— que fueron a adorar a Cristo: *entrando en la casa, hallaron al Niño con María, su Madre* (Mt 2, 11). Pero la vida sobrenatural es rica, variada: en otros instantes, llegaremos a Jesús si pasamos antes por María. Nuestra oración a la Santísima Virgen se convierte así en un itinerario que, poco a poco, nos va acercando al Corazón amabilísimo de Jesucristo.

JOSÉ ANTONIO LOARTE (ed), *Por las sendas de la fe*; Cristiandad, Madrid 2013, pp. 171-173

Fuente: san Josemaría, Artículo “La Virgen del Pilar”, publicado de modo póstumo en “Libro de Aragón”, Caja de Ahorros de Zaragoza, Aragón y Rioja, 1976.

¿Cómo entender, si no, el Rosario, maravillosa y universal devoción mariana? El Santo Rosario constituye una oración, una plegaria cuajada de actos de fe, de esperanza, de amor, de adoración y de reparación. No me canso nunca de recomendarlo a todos, para que lo recen en sus hogares, que han de ser —como el de Nazaret— focos de noble cariño humano y de amor divino.

Los misterios de gozo recogen cinco escenas entrañables —hablo con terminología ascética clásica— de la *trinidad* de la tierra: Jesús, María y José. Allí se aprende a venerar al Santo Patriarca, Nuestro Padre y Señor, varón recto, justo, delicado. Allí Santa María encarna para nosotros todas las virtudes cristianas: la fe, el amor, la santa esperanza, la humildad, el espíritu de servicio, la obediencia rendida a Dios. Allí nace Dios, de nuevo, pidiendo otra vez posada en el corazón de cada uno.

Así cabría discurrir por los misterios dolorosos y gloriosos, y lo mismo por la explosión de júbilo y de amor que son las letanías. El que recite el Rosario con perseverancia, con sencillez, desde lo hondo de su alma, saboreará cada día esos distintos y maravillosos descubrimientos de los tesoros de gracia que Nuestro Padre tiene preparados para sus hijos.

Es cuestión de amor, no de un sentimiento superficial que necesite el apoyo de la emoción, aunque no rechacemos el fervor sensible, si Dios quiere dárnoslo. Amar a María significa conocerla, tratarla; tratar a María —ya lo he dicho— es también conocer y tratar a su Hijo, penetrarse de su palabra, cuidar, hasta la fidelidad en los detalles, su enseñanza: la fe de nuestra Santa Iglesia Católica.

Pero no debemos preocuparnos si, al principio, existe sólo el buen empeño de rezar, casi maquinalmente, una pequeña plegaria a Nuestra Señora. Cuando esa oración sincera brota de un corazón que, a pesar de los pesares, no ha olvidado los desvelos maternos, Santa María alienta esa frágil brasa y lleva el alma al deseo de formarse en la doctrina de su Hijo. Aquella corta plegaria —el tenue rescoldo cubierto entre las cenizas— se transforma en fuego que quema las miserias personales, capaz de atraer a otros a la luz de Cristo.

Hay muchas devociones marianas, además del Rosario, como son muchos los modos de expresar el cariño a nuestra madre de la tierra; unos hijos lo demuestran con un beso; otros, con el regalo de unas flores; otros, con silencios que confían a los ojos la intensidad del afecto. Cosa análoga ocurre con el amor a nuestra Madre del Cielo: abundan las devociones, y no han de estar todas incorporadas en la piedad de cada cristiano. Pero he de asegurar, al mismo tiempo, que no posee la plenitud de la fe el que no revela de alguna manera su amor a María.

JOSÉ ANTONIO LOARTE (ed), *Por las sendas de la fe*; Cristiandad, Madrid 2013, pp. 173-175

Fuente: san Josemaría, Artículo “La Virgen del Pilar”, publicado de modo póstumo en “Libro de Aragón”, Caja de Ahorros de Zaragoza, Aragón y Rioja, 1976.

En estas páginas, me dirijo especialmente a los millones de cristianos, repartidos por el mundo entero, que invocan a Santa María con el título de Nuestra Señora del Pilar. Al escribirles sobre esta práctica de piedad a la Santísima Virgen, me invade la impresión de *vender miel al colmenero*. No me atrevo a dar lecciones, cuando me refiero a un lugar donde tanto he aprendido. No busco prosélitos, sino cómplices: compañeros en la bendita tarea de cantar a la Madre de Dios. Pero tampoco puedo dejar de preveniros ante las circunstancias de estos momentos actuales, cuando en la Santa Madre Iglesia suenan voces confusas —digámoslo con la sinceridad de mi tierra; herejías—, que intentan arrancar la verdad de las inteligencias de los fieles.

Escribí cuando era joven —con una convicción cristalizada quizá en aquellos años de mis diarias visitas al Pilar— que a Jesús se va y se *vuelve* por María. Con esa misma convicción afirmo que no nos ha de extrañar que, los que no desean que los cristianos vayan a Jesús —o que *vuelvan* a Él, si por desgracia lo han perdido—, empiecen

silenciando la unión a Nuestra Señora o sosteniendo, como hijos ingratos, que las tradicionales prácticas de piedad están superadas, que pertenecen a una época que se pierde en la historia. Las almas desgraciadas, que alimentan esa confusión, no perciben que quizá involuntariamente cooperan con el enemigo de nuestra salvación, al no recordar aquella sentencia divina: *pondré perpetua enemistad entre ti y la mujer, y entre tu linaje y el suyo (Gn 3, 15)*.

Si se abandonan las numerosas devociones marianas, muestras del amor a Nuestra Señora, ¿cómo lograremos los hombres, necesitados siempre de concretar nuestro amor con frases y con gestos, expresar el cariño, la gratitud, la veneración a la que con su *fiat* —hágase en mí según tu palabra— nos ha convertido en hermanos de Dios y herederos de su gloria?

Si se debilita en el alma del cristiano el trato con María, se inicia un descamino que fácilmente conduce a la pérdida del amor de Dios. La Trinidad Santísima dispuso que el Verbo bajara a la tierra, para redimirnos del pecado y restituírnos la condición sobrenatural de los hijos de Dios; y para que viéramos a Dios en carne como la nuestra, para que admirásemos la demostración palpable, tangible, de que todos hemos sido llamados a ser *partícipes de la naturaleza divina (2 Pe 1, 4)*. Y este *endiosamiento*, que la gracia nos confiere, es ahora consecuencia de que el Verbo ha asumido la naturaleza humana, en las purísimas entrañas de Santa María.

Nuestra Señora, por tanto, no puede desaparecer nunca del horizonte concreto, diario, del cristiano. No es indiferente dejar de acudir a los santuarios que el amor de sus hijos le ha levantado; no es indiferente pasar por delante de una imagen suya, sin dirigirle un saludo cariñoso; no es indiferente que transcurra el tiempo, sin que le cantemos esa amorosa serenata del Santo Rosario, canción de fe, epitalamio del alma que encuentra a Jesús por María.

JOSÉ ANTONIO LOARTE (ed), *Por las sendas de la fe*; Cristiandad, Madrid 2013, pp. 175-176
Fuente: san Josemaría, Artículo “La Virgen del Pilar”, publicado de modo póstumo en “Libro de Aragón”, Caja de Ahorros de Zaragoza, Aragón y Rioja, 1976.

Ahora entendemos el sentido profundo del Pilar. No es, ni ha sido nunca, ocasión para un sentimentalismo estéril: establece una base firme en la que se asienta una norma de conducta cristiana, real y sólida. En el Pilar, como en Fátima y en Lourdes, en Einsiedeln y en Loreto, en la Villa de Guadalupe y en esos miles de lugares que la piedad cristiana ha edificado y edifica para María, se educan en la fe los hijos de Dios.

La historia del Pilar nos remonta a los comienzos apostólicos, cuando se iniciaba la evangelización, el anuncio de la Buena Nueva. Estamos todavía en esa época. Para la grandeza y la eternidad de Nuestro Señor, dos mil años son nada. Santiago, Pablo, Juan y Andrés y los demás apóstoles caminan junto a nosotros. En Roma se asienta Pedro, con la vigilante obligación de confirmar a todos en la obediencia de la fe. Cerrando los ojos, revivimos la escena que nos ha relatado, como en una carta reciente, San Lucas: *todos los discípulos, animados de un mismo espíritu, perseveraban juntos en oración, con María, la madre de Jesús (Hch 1, 14)*.

El Pilar es signo de fortaleza en la fe, en el amor, en la esperanza. Con María, en el cenáculo, recibimos al Espíritu Santo: *de repente sobrevino del cielo un ruido como de viento impetuoso que soplabla y llenó toda la casa donde se habían reunido (Hch 2, 2)*. El Paráclito no abandonará a su Iglesia. Nuestra Señora multiplicará en la tierra el número de los cristianos, convencidos de que vale la pena entregar la vida por Amor de Dios.